

Origen de los Museos de Bellas Artes y las Colecciones Reales en España

Por Antonio OJEDA CARMONA

Los grandes museos de arte europeos, tuvieron su principio en las colecciones privadas de reyes y príncipes, que pasaron a ser públicas, mediante cesión a los Estados con el propósito de evitar su dispersión, de una parte, y de otra, por la presión de la sociedad ilustrada surgida a finales del siglo XVIII. Según Philip Hendy, que fué director durante veinte años de la "Galería Nacional de Londres", "La historia de las grandes colecciones de arte europeas se ve claramente dividida por la Revolución Francesa. Antes de esa fecha la mayoría de las colecciones se encontraba en manos de los monarcas. Después, una por una, fueron pasando a ser propiedad del pueblo, como museos nacionales en cada país". El mismo autor, Hendy, afirma que: "cuando por fin se estableció la paz después de la batalla de Waterloo, las colecciones reales de Madrid, Berlín, Munich y Dresde, se convirtieron en museos, salvo la de Gran Bretaña, que fué la única en oponerse a esa tendencia, por lo que gran parte de ella ha permanecido en poder de la Corona". Sin embargo, los ingleses supieron aprovecharse del caos de las guerras napoleónicas, adquiriendo obras de arte famosas que habían sido confiscadas por el Emperador o sus generales en España, Italia y otros países. Sin que olvidemos al Duque de Wellington, que durante su intervención en España contra los invasores, hizo buen acopio de obras de arte entre las que quitó a los franceses y las donaciones que recibió de los españoles por su generosa ayuda, suficientes para hacer con ellas un museo en su casa de Londres.

La división que propone Hendy es acertada y nos lo confirma el hecho de que fuese José Bonaparte quién, legalmente, durante su corto reinado en España, estableció en Madrid el Museo Josefino, aunque no llegó a materializarse la idea hasta el reinado de Fernando VII, quién fundó el Museo del Prado el 19 de Noviembre de 1819, donándole gran parte de la colección real.

Indudablemente la intención primordial de concentrar las obras de arte en museos, fué motivada por hacerlas llegar al público en general, rescatándolas del usufructo privado para llevarlas a la contemplación popular, con el espíritu liberal propio de la época. Pero, cabe considerar también una idea subyacente, como es la de que, probablemente, influyera en aquella intención el temor a que tan importantes riquezas artísticas, fueran objeto de requisas o de destrucción por parte de invasores o insurrectos, ante el imprevisible panorama que se vislumbraba a partir del Julio francés de

o de destrucción por parte de invasores o insurrectos, ante el imprevisible panorama que se vislumbraba a partir del Julio francés de 1789, que culminó en 1848/49, con importantes cambios políticos en Alemania, Austria, Hungría, Italia, y casi toda Europa.

La importancia de las colecciones de arte formadas por los Reyes de España, radica en su universalidad. Su interés por los artistas nacionales, fué compartido por su dedicación a la obra y a los artistas más destacados de las escuelas de pintura de Europa, de donde surgió el estímulo y el enriquecimiento de las artes en España.

Fué la reina Isabel la Católica, quién tuvo predilección por la pintura flamenca, la iniciadora del coleccionismo de obras de arte. Durante su reinado se importaron innumerables trípticos y cuadros de pintores famosos de Flandes, entre los que se encontraron ROGER VAN DER WEYDEN, VAN DER GOES, PETRUS CHRISTUS y otros. También se divulgaron los grabados del alemán MARTIN SCHONGAUERT, que tuvieron especial influencia en los artistas castellanos.

Antes, se puede observar en los frescos y retablos de Cataluña y Navarra, la dependencia de sus autores de las corrientes artísticas francesas y en menor medida de las italianas y flamencas. Destaca el pintor catalán FERRER BASSA, que trabajó para Alfonso IV de Aragón; lo hermanos SIERRA muy relacionados con el arte sienés; JAIME CABRERA, LUIS BORRASSA, GUERAU GENER que pintó en Valencia y en Sicilia, y LOENZO DE ZARAGOZA. En Pamplona, el rey Carlos III de Navarra dió trabajo a los pintores HANEQUIN y ENRIQUE DE BRUSELAS, este último fué también pintor del rey Pedro IV de Aragón. En Valencia estuvo el florentino GERARDO STARNINA, el alemán ANDRES MARCAL y el español PEDRO NICOLAU. LUIS DALMAU, catalán, fué pintor de Cámara del rey Alfonso V, el que también nombro de su corte a JAIME BACO, natural de Valencia. En esa tierra fué mayor la atracción para los pintores italianos, allí estuvieron el napolitano FRANCISCO PAGANO, NICCOLO FLORENTINUS y el lombardo PAOLO DI SAN LEOCADIO.

Entre 1428 y 1429 hay noticia de que viajó por España JAN VAN EYCK. Tanto este pintor como los citados antes y las obras procedentes de Flandose, influyeron notablemente en el nacimiento de la pintura hispano-flamenca. De la que dieron buena muestra los españoles FERNANDO GALLEGO, FERNANDO RINCON, el cordobés BARTOLOME BERMEJO, los maestros de BURGOS, SEGOVIA, de SAN NICOLAS, de la SISLA, el catalán JAIME HUGUET, el maestro ALFONSO (Mayer plantea la incógnita de que este pintor sea el mismo ALFONSO CASTILLO, procedente de Córdoba, que vivió en Barcelona), MARTIN BERNAT, colaborador de Bermejo, MIQUEL XIMENEZ, PEDRO DIAZ DE OVIEDO, el valenciano RODRIGO DE OSUNA, los cordobeses PEDRO DE CORDOBA -que en 1475 fecha la magnífica tabla que hay en nuestra catedral- ALEJO FERNANDEZ, que tiene sus mejores obras en Ecija y Sevilla, PEDRO

ROMANA, ALONSO AGUILAR, PEDRO FERNANDEZ y ANDRES FERNANDEZ, y los sevillanos JUAN NUÑEZ y PEDRO SANCHEZ.

Interesa tomar en consideración que de entre todos los pintores nacionales relacionados, algunos de ellos estuvieron en el extranjero: tal es el caso de LUIS DALMAU, que viajó a los Países Bajos; JAIME BACO que pasó a Italia; BARTOLOME BERMEJO, es posible, dice Mayer, que se formara en Flandes, y el mismo Mayer atribuye también a ALEJO FERNANDEZ una estancia en Italia, probablemente en Venecia, y parece ser que también estuvo en Italia RODRIGO DE OSUNA.

Volviendo al interés de Isabel la Católica por el arte flamenco, hay que destacar que durante su reinado vinieron a España MIGUEL SITHIUM, AMBROSIO BENSON, DIERCK BOUST, MEISTER CONRAD, y, entre otros, JUAN DE FLANDES, que en 1496 entró al servicio de la Reina, sin duda el más importante de cuantos en esa época trabajaron en España.

Durante el reinado de Carlos I, continuó el trasvase de la pintura de Flandes a España, acentuado por los vínculos reales con el Imperio Alemán, así como la venida de artistas de aquellos lugares, el más importante de ellos fué PEDRO DE CAMPAÑA, quién trabajó por espacio de unos veinticinco años en España, para la Catedral de Córdoba realizó el retablo de la capilla de San Nicolás de Bari en 1556. También pasaron a España varios pintores italianos, de Lombardia vino AMBROSIUS BENSON, de Nápoles JUAN NARDUCH que después fué ermitaño cerca de Córdoba y carmelita descalzo con el nombre de Juan de la Misericordia, JUAN BAUTISTA BERGAMASCO, JACOBO FLORENTINO, SAFONISA ANGUSCIOLA, de Cremona, que fué dama de la reina Isabel de Valois y el escultor florentino LEON LEONI. De Holanda PETER BREUGEL. De Bruselas JAUN VAN DER HAMEN, arquero del Rey y pintor. Y de Francia el escultor JUAN DE JUNI, discípulo también de Miguel Ángel. Otro escultor florentino que arribó a España después de haber huido de Italia, fué EL TORRIGIANO, de carácter violento, que ha pasado a la historia del arte más que por sus obras, por haberle desfigurado el rostro de un golpe propinado en una riña, a Miguel Ángel, de quién era condiscípulo, y si se cita aquí es porque Palomino dice que vino a Córdoba para realizar los relieves de medias figuras de la Puerta del Puente y esta construcción se hizo en 1573, cuando El Torrigiano había muerto en 1522 en las cárceles de la Inquisición, por tanto la alusión de Palomino no es verosímil.

Como se ha expuesto, en el reinado de Carlos I, la relación con los artistas extranjeros cobró un inusitado relieve, no solo de Flandes vinieron, sino de Florencia, Nápoles, Roma, Francia, etc. e influyeron en gran medida en los españoles de Andalucía, Castilla, Valencia, Aragón,... contribuyendo al renacimiento que se inició aquí. El primero que debe nombrarse de esta corriente es PEDRO BERRUGUETE, pintor castellano, que ya había trabajado para Fernando el Católico y para Felipe El Hermoso, estuvo en Italia y colaboró con Justo de Gante y Melozzo de Forlì; su hijo, ALONSO

BERRUGUETE, pintor y escultor, pasó a Florencia para estudiar estas artes y arquitectura, fué nombrado pintor y escultor de Cámara de Carlos I; LUIS MORALES, llamado el Divino, natural de Badajoz, discípulo de Pedro de Campaña; JUAN DE JUANES, valenciano, discípulo de Rafael de Urbino en Roma; LUIS DE VARGAS, pintor de Sevilla, pasó gran parte de su vida en Roma; PEDRO DE VILLEGAS MARMOLEJO, también de Sevilla; JUAN CORREA, de Toledo y, GASPAR BECERRA, de Baeza, que estuvo en Roma siendo discípulo de Miguel Angel y de Rafael, pintor, escultor y arquitecto, posteriormente fué nombrado pintor de Cámara, en tiempos de Felipe II.

Sobre todo este intercambio de conocimientos entre artistas, tenemos que destacar la especial relación de Carlos I -y después de Felipe II- con TIZIANO, aunque este no viniese a España, sus retratos y pinturas para las dos casas reales: alemana y española, fueron decisivas en la formación de los pintores españoles. En 1533 fué nombrado conde palatino del Imperio y caballero de Santiago, en 1540 le concedió el emperador un sueldo anual de 200 coronas y en 1550 visitó Hamburgo, para hacer el retrato del que había de ser Felipe II, que sería enviado a María Tudor. A España llegaron muchas e importantes obras de este artista excepcional, como vendría otras de los alemanes LUCAS CRANACH, EL BOSCO, y otros.

En el reinado de Felipe II, se acentúa más el contacto con pintores y escultores extranjeros, no sólo por la gran afición del Rey a las artes plásticas, sino también por la necesidad de decorar las grandes obras emprendidas en su reinado, como el Monasterio de El Escorial, por ejemplo. Siguió este monarca manteniendo una estrecha relación con TIZIANO, al que aumentó hasta 400 coronas anuales la dotación que le había asignado su padre el Emperador, y Palomino da cuenta de abundante correspondencia que cruzaron entre ambos relacionada con encargos de obras. No obstante, queda una anécdota poco favorable al Rey: Tiziano había pintado el "Noli me tângere" para la reina de Hungría María de Austria, hermana de Carlos I y al morir esta reina, heredó el cuadro su sobrino Felipe II, al que, no gustándole la obra en general, mandó que se redujera a la figura del Señor, eliminando el resto de la composición. Por suerte, Sánchez Coello realizó una copia del cuadro completo antes de la mutilación, que se conserva en El Escorial.

Entre los pintores que llegaron a España en este tiempo, hubo dos que sobresalieron de todos los demás: EL GRECO y ANTONIO MORO. Domenico Teotokópulos era natural de Creta, fué discípulo en Venecia de Tintoretto y vino a España en 1574 avecindándose en Toledo. ANTONIO MORO (Anton Van Dashorst Mor), nació en Utrecht, pintor retratista, discípulo de Van Scorel, viajó por Inglaterra, Francia, Portugal y residió en España como pintor de Corte de Felipe II. Estuvo tan enamorado de este país que, además de españolizar su nombre, se firmaba "hispaniarum regis pictor".

Entre otros artistas, también recalaron en España, SIMON PEREYNS de Ambres, que después el Virrey Marqués de Falces

llevó a Méjico; los italianos MATEO PEREZ DE ALESIO de Roma, PATRICIO CANJESI, ROMULO CINCATO y de Bolonia trajo Felipe II a PELEGRINO para que continuara en El Escorial las pinturas de FEDERICO ZUCCARO de Urbino, pintor que no fue del gusto del Rey y lo despidió. Este mismo ZUCCARO es el autor de una "Santa Margarita" para la Catedral de Córdoba, que pinto por encargo de Pablo de Céspedes de quién había sido amigo en Roma, como también lo fué CESAR ARBASIA, el gran pintor italiano de la escuela de Leonardo de Vinci, que realizó los frescos de la Capilla del Sagrario de la Catedral cordobesa. Otro pintor HENDRIX CORNELISZ VROOM, holandés, también estuvo en ese tiempo en nuestra nación. Y sólo con ocasión de construirse el monasterio de El Escorial, tenemos una encrucijada de caminos artísticos admirable, en 1568 empezaron los trabajos de pintura, en 1576 entraron en procesión el Cristo de BENVENUTO CELLINI, en 1589, se colocaron las esculturas de LEON LEONI y de su hijo POMPEYO (este ya nacido en España). JACOME DE TREZZO, NICOLA GRANELLO y los ya citados antes Cambiasso y Cincinato pintan los frescos de las bóvedas. PELEGRINO TIBALDI y sus discípulos pintaron en las galerías del claustro los 46 pasajes del Nuevo Testamento, y la bóveda de la Biblioteca. FABRICIO CASTELLO pintó con Granello la sala de las batallas sobre cartones de RODRIGO DE HOLANDA y BARTOLOME CARDUCHO de Florencia.

De los españoles que compartieron con los pintores extranjeros mencionados, el honor de dejar huella en El Escorial, hay que citar en primer lugar a JUAN FERNANDEZ NAVARRETE "El Mudo", nacido en Logroño en 1526, estuvo muy influenciado por la pintura veneciana especialmente por Tiziano; ALONSO SANCHEZ COELLO, pintor de Cámara del Rey; JUAN PANTOJA DE LA CRUZ, que sucedió al anterior en la Cámara de Felipe II; LUIS DE CARVAJAL, de Toledo, MIGUEL BARROSO, pintor y arquitecto; BARTOLOME GONZALEZ, de Valladolid y JUAN GALVAN, de Zaragoza, que había estudiado pintura en Roma.

El Museo de El Escorial posee una interesante colección de obras de los pintores referidos más otras de las escuelas flamenca, alemana e italiana adquiridas expresamente para figurar en él, y, también las que en reinados posteriores se le fueron agregando de los mejores pintores nacionales.

Aparte de los artistas que Felipe II mandó llamar para la obra del monasterio y de aquellos a los que compró cuadros para el Museo del mismo, destacaron otros artistas españoles en su época, como FRANCISCO RIBALTA de Valencia y PEDRO DE ORRENTE de Murcia, los dos estudiaron en Italia, el primero con Rafael, Sebastian del Piombo, los Carracci y Corregio, y el segundo fué discípulo de El Greco. Otro español, vasco de Zumaya, BALTASAR DE ECHAVE ORIO, marchó a Méjico hacia 1582 y se le considera el iniciador de la escuela de pintura virreinal mejicana. De este tiempo fueron también PABLO DE LAS ROELAS, sevillano; FELIPE DE LIAÑO, de Madrid; ANTONIO MOHEDANO, de Antequera; y el artista

más importante que tuvo Córdoba en el siglo XVI, PABLO DE CESPEDES, nacido en 1538, estudió en la Universidad de Alcalá, pasó a Roma, Florencia y Nápoles y a su regreso a Córdoba fué Racionero de la Catedral, además de destacar como pintor, lo hizo como Escultor, Poeta y Arquitecto.

Felipe III, continua la labor de su antecesor, dedicada al Monasterio y a los Palacios Reales y aumenta la nómina de artistas foráneos con los lorentinos PATRICIO CAJES y VICENTE CARDUCHO, este hermano de Bartolomé, que ya estaba en España, pintor de Cámara del Rey; el milanés JUAN BAUTISTA MAYNO y JEAN COSSIER. PEDRO PABLO RUBENS vino dos veces a España, la primera en misión diplomática, el 1603, la segunda para pintar aquí unos retratos.

De los españoles de este reinado, el pintor por excelencia es JOSE DE RIBERA, valenciano, nacido en 1598, en 1610 marchó a Roma con su familia, después en 1616 volvió a Nápoles donde se estableció y parece ser que ya no volvió a España, pintó con Caravaggio cuya escuela siguió, allí se le conocía por "El Spagnoletto". Otros artistas menos destacados tenemos en JUAN DE RIBALTA, valenciano como su padre Francisco Ribalta; LUIS TRISTAN, de Toledo; FRANCISCO FERNANDEZ, natural de Madrid; JUAN SANCHEZ COTAN, de Alcazar de Consuegra y JUAN DEL CASTILLO (Maestro de Murillo) sevillano como su hermano AGUSTIN DEL CASTILLO, este residió en Córdoba.

El reinado de Felipe IV fué más provechoso si cabe para las artes plásticas, que acaban de liberarse de la influencia extranjera y cobran definitivamente una personalidad nacional, que ya se había iniciado en los últimos años del siglo XVI. Aún así, continua la llegada de pintores de otras tierras, viene CORNELIO SCOUT, flamenco, como también lo es el jesuita IGNACIO RAETH; el holandés GERARD TERBORCH, y los italianos AGOSTINO MITELLI, ANGELO MICHELE COLOMNA y JOSE ROMANI de Bolonia.

En este tiempo se efectuaron dos importantes adquisiciones, la del pintor RUBENS, en la almoneda de sus bienes realizada a su fallecimiento, y la de Carlos I de Inglaterra, en la subasta que siguió a su ejecución, ordenada por Cronwell. Una tercera, no de menor calidad, fué la compra que encargó el Rey a Velázquez que realizara durante uno de sus viajes a Roma. Y así mismo merece que se haga notar que la conocida afición de este monarca a la pintura, le proporcionó numerosos regalos entre los que destacan las tablas de Adán y Eva de ALBERTO DURERO, que le envió la reina Cristina de Suecia.

Otro dato interesante que realza la personalidad de Felipe IV, fué el de vincular la posesión de las obras de arte a la sucesión de la familia real, pues la vieja costumbre era subastar los bienes de la casa de todo rey difunto, aunque las obras de arte se habían venido salvando a duras penas de este desaguisado, que tuvo su más grave incidencia al morir Isabel La Católica.

La estrella de este reinado es sin duda DIEGO DE SILVA

y VELAZQUEZ, nacido en Sevilla en 1599, discípulo de Herrera el Viejo y de Pacheco, se estableció en 1622 en Madrid y se dedicó exclusivamente al servicio del Rey, quién le protegió dándole varios cargos en Palacio como Ujier de Cámara, Ayuda de guardarropa, Ayuda de Cámara, Veedor y Contador de Obras y Pintor de Cámara, viajó dos veces a Roma para estudiar y pintar, mantuvo una estrecha amistad con Rubens a quién conoció en Madrid y vió pintar. Obtuvo el título de Caballero de Santiago.

Y en su órbita giran BARTOLOME ESTEBAN MURILLO, nacido en 1613 en Pilas (Sevilla), estudió arte con Juan del Castillo, su tío, y pasó a Madrid bajo la protección de Velázquez, allí copió a Tiziano, Rubens y Van Dyck.

FRANCISCO DE ZURBARAN, natural de Fuente de Cantos, nació el 1598, a los 16 años se trasladó y fué condiscípulo de Velázquez, con quién hizo buena amistad y el que lo recomendó en Madrid a Felipe IV, del que recibió encargos.

FRANCISCO PACHECO, nacido en Sevilla por el año 1580, estudió en Italia las obras de Rafael, escribió un Tratado de la Pintura por el que es más conocido, así como por ser maestro de Velázquez, quién casó con su hija.

FRANCISCO DE HERRERA, llamado el Viejo, natural de Sevilla de fuerte temperamento e impulsivo e incierto artista, maestro también de Velázquez. Su hijo FRANCISCO DE HERRERA el Mozo, fué discípulo de su padre pero por divergencias con él, hubo de marcharse a Italia donde aprendió pintura y arquitectura, en tiempos de Carlos II fué su pintor de Cámara.

JUAN CARREÑO DE MIRANDA, natural de Avilés, nació en 1614 y a los 11 años su familia se avecindó en Madrid, por recomendación de Velázquez pintó en el Palacio Real.

ANTONIO DEL CASTILLO SAAVEDRA, nació en 1616 en Córdoba y se inició en el ejercicio de la pintura en el ambiente artístico del estudio de su padre Agustín del Castillo, estudió en Sevilla con su tío Juan del Castillo y después pasó a ser discípulo de taller de Zurbarán.

Córdoba d otros dos buenos pintores JUAN LUIS ZAMBRANO y JUAN DE ALFARO, discípulo de Antonio del Castillo y en Madrid de Velázquez. Granada dá otro destacado artista, ALONSO CANO, nacido en 1601, pintor y escultor, discípulo de Pacheco y condiscípulo de Velázquez, hombre sensible pero también pendenciero por lo que fué acusado de lesiones a un compañero e incluso del asesinato de su segunda esposa, lo que le obligó a huir de su tierra y errar por media España, de regreso a Granada quiso ser sacerdote y acabó expulsado por el Cabildo de la Catedral. También de esta época fueron PEDRO DE MOYA, PEDRO ANTONIO BOCANEGRA, JUAN DE SEVILLA, FRANCISCO DEL MAZO, el mulato JUAN DE PAREJA, ANTONIO PUGA, los hermanos JUAN y FRANCISCO RIZZI, MATEO CEREZO, JOSE ANTOLINEZ, SEBASTIAN MARTINEZ de Jaén, y otros cordobeses JUAN ANTONIO DE ESCALANTE, nacido en 1630, BERNABE JIMENEZ ILLESCAS de Lucena y estudió

arte en Roma, FRANY JUAN DEL SANTISIMO SACRAMENTO, discípulo del anterior, JUAN DE PEÑALOSA natural de Baena y discípulo de Céspedes y ACISCLO DE LEAL CAETE. Muy destacado fué JUAN DE VALDES LEAL, que si bien nació en Sevilla en 1622, pasó su juventud en Córdoba, donde dejó varios cuadros, entre ellos el hermoso retablo de la Iglesia del Carmen.

Carlos II no añade mucho a este coleccionismo, su aportación es tan apagada como lo fué su reinado, lo más sobresaliente resultó la invitación que hizo al pintor napolitano LUCAS JORDAN, discípulo de Corregio y de Ribera, para que pintase los frescos de varias estancias de El Escorial y del Palacio Real. Otros artistas de su tiempo que vinieron del extranjero, tenemos en el pintor flamenco JUAN VANCHESEL, el veneciano FRANCISCO LEONARDONI y los también napolitanos LORENZO VACCARO y FRANCISCO PEREZ SIERRA, este último oriundo de padres españoles. De principal importancia hay que anotar la incorporación de la colección del Marqués de Heliche, mediante testamentaria.

De ese reinado sobresalen los artistas nacionales CLAUDIO COELLO, nacido en Madrid en 1642, de familia portuguesa, discípulo de Francisco Rizzi; ANTONIO PALOMINO, nació en Bujalance, pasó a Córdoba y más tarde marchó a Madrid gozando de la protección de Carreño y Coello, fué nombrado pintor de Corte en 1688, la Catedral de Córdoba tiene buenas muestras de su arte en el retablo del Altar Mayor y en la capilla del Cardenal, escribió "El Museo Pictórico y escala óptica", obra muy superior al estudio de Pacheco e incluso más racional y pragmática que el "Tratado de la Pintura" de Leonardo de Vinci. De menor interés son los hermanos JOSE y VICENTE CIEZA, granadinos, el madrileño ANTONIO ARIAS FERNANDEZ, el hijo de Valdés Leal LUCAS VALDES, el sevillano ARTEAGA y el cordobés RACIONERO FERNANDEZ DE CASTRO.

El reinado de Felipe V, cambia la orientación de las influencias de artistas forasteros con su predilección por los franceses, de esa nacionalidad son JEAN RANC, HOAUSSE, MIGUEL Y VAN LOO, a quién hizo su pintor de Cámara y en 1751 Fernando VI lo nombró Director de la Academia Española de San Fernando. Esto no fué óbice para que continuara la llegada de pintores italianos como ANDRE PROCACCINI que también lo nombró el Rey pintor de Cámara en 1720, aposentador de Palacio y de los jardines que se estaban construyendo en San Ildefonso; DOMENICO MARIA SANI, FRANCISCO SOLIMENA, SEBASTIAN CONCA y el napolitano JACOBO AMICONI, que se encargó de continuar la decoración de los palacios de Aranjuez y San Ildefonso, siendo designado así mismo pintor de Cámara.

El siglo XVIII es una página en blanco para la pintura española, hasta que irrumpe Goya, del inicio del reinado de los Borbones, cabe sólo anotar a LUIS MELENDEZ, considerado español si bien había nacido en Nápoles en 1716, en el paréntesis de tiempo que duró la dominación austriaca hasta la recuperación de la ciudad

por el príncipe Carlos, y al año siguiente se trasladó su familia a Madrid.

Es de resaltar las compras que Felipe V hizo de dos colecciones importantes de obras, la primera del pintor italiano Carlos Marmita de más de un centenar de cuadros de Rafael, Andra del Sarto, Tiziano, Rubens, Poussin, Carracci, etc., y otra de la Reina Cristina de Suecia. También fueron adquiridos sesenta cuadros de DAVID TENIERS, dos admirables WATEAU y otros.

El reinado de Fernando VI aportó muy poco a las colecciones reales, nombro su pintor de Cámara al italiano CONRADO GIAQUINTO y después de Van Loo Director también de la Academia de San Fernando. De los españoles, sólo se puede anotar a los hermanos GONZALEZ VELAZQUEZ, a LUIS PERET y ALCAZAR y al catalán ANTONIO VILADOMAT.

Con el reinado siguiente vuelve el interés por el arte, correspondiente al desvelo de Carlos III por el enriquecimiento de la cultura y la vida española. Curiosamente cuando en este "siglo de la luz" se orienta el arte hacia Francia y se crea la escuela inglesa de pintura, el Rey nombra su primer pintor a un alemán ANTONIO RAFAEL MENG y trae al más célebre de los fresquistas italianos GIOVANNI BATTISTA TIEPOLO para decorar el Palacio Real. El primero ejerció su magisterio sobre los pintores españoles de entonces, y el segundo dejó muchas e importantes obras aquí. Discípulo de Meng fué el español FRANCISCO BAYEU, nacido en Zaragoza, pintor de Cámara del Rey y Director de la Academia de San Fernando en 1788, cargo este en el que le había precedido uno de los hermanos González Velázquez, ANTONIO. Un aventajado discípulo de este tenemos en MARIANO SALVADOR MAELLA, pintor valenciano que estuvo pensionado en Roma, en 1782 sucedió a su maestro en la dirección de la Academia de San Fernando y en 1799 fué pintor del Rey. De menor interés fueron los pintores ANTONIO CARNICERO, de Salamanca y el madrileño JOSE DEL CASTILLO.

Carlos III acrecentó también su colección comprando las de los Marqueses de la Ensenada, de los Llanos y de la Duquesa del Arco.

El genio que ilumina todo el panorama artístico de Carlos IV, e incluso parte del de su antecesor es FRANCISCO DE GOYA, nacido en Fuendetodos en 1746 y muerto en Burdeos en 1828, pintor, dibujante, grabador, creó una nueva forma de expresión que habría de ser fuente inagotable de estudio para las posteriores generaciones de pintores de todo el mundo. Sus composiciones, riqueza de color, estilo, fantasía y humanismo exaltaron las costumbres populares, y con sus retratos nos dejó una sutil estampa de la sociedad de su época, a la que criticó duramente con sus dibujos, grabados y escenificó con sus pinturas negras.

A la sombra de Goya pocos pintores se pueden señalar, por ejemplo AGUSTIN ESTEVE, de Valencia, LEONARDO ALENZA, madrileño como VICENTE LOPEZ, JOSE DE MADRAZO, JUAN RIBERA y el andaluz JOSE GUTIERREZ DE LA VEGA.

Hasta aquí ha sido el esbozo de como fueron desarrollándose las colecciones reales, y se ha hecho la nómina apresurada de los artistas que pudieron intervenir en ellas. Antes de pasar a formar un Museo, padecieron expolios, pérdidas y destrucciones, un incendio en el Palacio de El Pardo en 1604 destruyó buena parte de ellas; otro segundo incendio de mayores proporciones se declaró en 1734 en el Alcázar de Madrid, propiciado por el descuido de los criados del pintor Ranc que se alojaban en él, se perdieron 537 obras según contabiliza Gaya Nuño, aparte de las que sufrieron graves deterioros. Y al principio hemos hecho referencia al desastre de la invasión napoleónica.

En 1819 lo que quedaba de las colecciones reales, sin contar las que permanecieron en El Escorial y las que decoraban los diversos Palacios Reales, fueron incorporadas por Fernando VII al Museo del Prado.

La aportación de otro tipo de mecenazgo a los museos, no tuvo en España el relieve que se le reconoce en Italia, por ejemplo (aparte de los contados legados que ya se ha dicho fueron adquiridos por los propios reyes) los nobles españoles dieron más su apoyo y recomendación a los artistas, que su protección directa como ocurría con los italianos. Posiblemente porque no concurría en aquellos las circunstancias de división de Italia en tantos estados menores, como Florencia, Venecia, Milán, Nápoles, etc. que fomentaron sus rivalidades políticas y culturales, más el relevante peso del estado Vaticano. Sin embargo, es de justicia destacar la ayuda que a determinados pintores prestaron el Marqués de Malpica, el Conde Duque de Olivares, el Duque de Medinaceli, el Conde de Benavente, los Duques de Alba, de Osuna, de Alcalá, el Conde de Monterrey, el Príncipe de la Paz, etc.

A partir del reinado de Fernando VII cesa el interés de la monarquía por el coleccionismo, como si con la creación del Museo del Prado se hubiese transferido al mismo esa dedicación. En lo sucesivo únicamente irán incrementando sus fondos las mismas obras de las colecciones reales que aún continúan en sus palacios, con algunas excepciones como la del Cristo de Velázquez, que donaron los herederos de la Duquesa de Chinchón, la Anunciación de Fray Angélico procedente de las Descalzas Reales, el regalo de las pinturas negras de la Quinta del Sordo, de Goya, por el Barón Emil d'Erlanger que las había adquirido a un francés, quién a su vez se las había comprado con la finca a un nieto del pintor, otra importante donación de la Duquesa de Pastrana y algunas obras interesantes entregadas aisladamente. El hecho más sobresaliente fué la fusión con el Museo del Prado del Museo Nacional de la Trinidad, que había sido creado para dar cobijo a las obras de arte salvadas de los conventos secularizados por Mendizábal, con lo que se vió enriquecido el museo, indirectamente, por el producto del gran mecenazgo que las Ordenes Religiosas habían realizado y que le seguía en importancia a las colecciones reales.

En resumen, a nuestro museo capital le cupo el privilegio

de concentrar la mayoría de las obras de arte del Patrimonio Nacional y ser su custodio y cuidador. Aunque al rebasar su número a la capacidad del Museo, se optara por distribuir bastantes de ellas, depositándolas en los museos que se iban creando en provincias. Si bien es de lamentar que también les sobraran para decorar con ellas centros estatales y hasta particulares, sin contar con las que se devolvieron a la Iglesia durante la Restauración.

Pero el Museo del Prado, principal pinacoteca nacional, no contó desde su creación con los medios económicos suficientes para suplir la labor coleccionista que había distinguido a la monarquía, la cual se desligó completamente de ese elevado menester. Ni tampoco los azares de la vida política española desde entonces, fueron favorables para que la Administración se ocupara del fomento de las Bellas Artes. Todos permanecieron ajenos a su evolución fuera de nuestras fronteras, con lo que se puede decir que, oficialmente, la Historia Universal del Arte quedó interrumpida en el segundo tercio del siglo XIX. Salvando lo que un número muy reducido de artistas españoles hicieron a nivel nacional influenciados por el arte de vanguardia que vieron en el extranjero.

Campoy dice que: "El arte es mucho más que un fenómeno nacional. Es, para decirlo de una vez, un privilegio de los hombres, y así, Giotto o Velázquez son, cabalmente, patrimonio del mundo". Y esa filosofía es la que mantuvieron las casas reales, tanto de los Austrias como de los Borbones, que propició una fecunda semilla de contactos e intercambios de ideas y conocimientos, como muy bien expone Sánchez Cantón al decir: "Del aprovechamiento de las colecciones reales como museo eficaz, da testimonio el hecho de que la pintura española del gran siglo, carecería de explicación histórica si sus pintores no hubiesen podido estudiar, directamente, los cuadros de Flandes e Italia atesorados en los palacios. Sin conocer las obras de Tiziano y de Veronés, de Rubens y de Van Dyck, no habrían podido formarse Mazo, Carreño, Claudio Coello, Cerezo y probablemente ni Murillo".

Y durante los últimos ciento cincuenta años se nos ha negado esa posibilidad, contemplar aquí las creaciones que desde la época Romántica han tenido lugar. Tiempo ese, durante el que se han producido los avances más revolucionarios del quehacer artístico, con una rapidez extraordinaria, tal como no se había conocido en siglos anteriores. Esperemos que ahora y desde la recuperación del "Guernica" de Picasso, con las herencias de Miró y Dalí, las frecuentes exposiciones que se vienen celebrando de colecciones importantes extranjeras, y la anunciada cesión temporal de la interesante colección del Barón Thyssen, se termine con la carencia de ver arte moderno. Pues de lo que se trata, según Eduardo Subirats, es de "restablecer aquel espíritu a la vez evocado y esclarecedor, capaz de convertir el museo en un espacio para la reflexión y la comunicación y en un centro de creación".